

UN NUEVO PROFESORADO PARA UNA NUEVA UNIVERSIDAD. ¿CONCIENCIA O PRESIÓN?*

FRANCISCO IMBERNÓN

RESUMEN

El autor presenta la necesidad de un nuevo profesor universitario, porque se necesita una nueva universidad. Que se necesite un cambio de rostro y de institución universitaria queda probado por la presión social que hoy día un complejo contexto social está promoviendo, valorando la importancia del sujeto, la participación en las decisiones y las vertiginosas transformaciones tecnológicas y de los medios de comunicación. Estas presiones sociales exigen un nuevo modelo de profesor universitario que no se conforme con dominar la materia científica, sino que sepa unir a la investigación y a la gestión, el cada vez más relevante papel de la docencia y de la formación psicopedagógica para aprender a enseñar, educando a sus alumnos en valores, en el dominio de las emociones y en aspectos sociales y ambientales. Urgen nuevas alternativas en relación a la formación del profesor para no aplicar procesos e instrumentos de formación ya obsoletos. Por eso, se requiere más que cursos de formación para los docentes universitarios, una reestructuración de la Universidad y del colectivo docente que permitiera, por ejemplo, la constante labor de autorreflexión sobre su práctica docente en el aula.

ABSTRACT

The author explains the need for a new type of University professor, because a new type of University is needed. This need for institutional change at University level is demonstrated by social pressure from a complex social context which values the importance of the subject, participation in decisions and vertiginous change with reference to technology and communication. This social pressure demands a new type of University professor who is not satisfied simply to master scientific material but who also knows how to unite investigation and management, the increasingly important role of teaching and psychopedagogic education to learn to teach, educating the students in values and the study of emotions and social and environmental aspects. New alternatives with relation to the education of professors are urged to avoid the use of educational instruments and processes that are already obsolete. To make this possible, more educational courses for university teachers and a restructuring of the University and the teaching collective are required. This would allow, for example, a constant process of autoreflexion on teaching practice in the classroom.

PALABRAS CLAVE

Cambio Institucional, Universidad, Formación, Docencia universitaria, Presión social, Profesor universitario.

KEYWORDS

Institutional change, University Education, University teaching, Social pressure, University Professor.

* Una primera versión de este texto ha sido presentada al primer Congreso Internacional *Docencia Universitaria e Innovación*. Barcelona, 26-27 y 28 de junio del 2000.

Intentar imaginarse una nueva Universidad nos obliga a efectuar un acto de prospectiva arriesgada, un esfuerzo de imaginación no exento de posibles equívocos generados por el modo de vida, la manera de percibir la actualidad y ese futuro inmediato que parece más previsible. Es más difícil aún cuando el ejercicio *profético* tiene lugar sobre un futuro marcado por el cambio y la incertidumbre. Así pues, es desde la duda que planteo aquí un posible análisis sobre cómo puede/debe ser la futura institución universitaria y, como consecuencia, el docente universitario.

Un primer enfoque y el más elemental nos lleva a plantear, paradójicamente, una idea global y radical: la Universidad debe cambiar radicalmente, y eso visto desde cualquier óptica, debe convertirse en un ente verdaderamente diferente, y en consonancia con los cambios vertiginosos que han sacudido este último cuarto de siglo. La Universidad debe abandonar la concepción decimonónica de la que procede y que ha quedado totalmente obsoleta, y debe asumir una nueva cultura tanto en la forma como en el contenido.

Un segundo enfoque (y conste que todos son el mismo) consiste en el análisis de la sociedad en la que se incardina la universidad. Esta sociedad, en los inicios del siglo XXI, apenas se parece a la de hace 20 años, basta con recordar que cada vez es preciso menos tiempo para duplicar el conocimiento acumulado por la humanidad. El auge de la tecnología (sobre todo de los grandes medios de comunicación e información), la especialización continua de la ciencia social, la crítica al método científico tradicional, el concepto de ciencia, las nuevas actitudes sociales, el debate sobre qué debe enseñarse, la imprescindible formación continua de los individuos, el neoliberalismo galopante, los nuevos medios formativos, todo ello y muchos otros aspectos influyen sobremanera en la Universidad y deberían servir de revulsivo o acicate para superar la desmovilización, el tutelamiento, el estancamiento y ciertas rivalidades endémicas. La Universidad no puede obviar la necesaria autorrenovación y a este cometido deben dedicarse predominantemente los que trabajan en ella, no bastará con decretos y leyes.

Por supuesto que la Universidad ha evolucionado a lo largo del siglo XX, pero lo ha hecho sin romper las líneas directrices que se le marcaron en su nacimiento: predominantemente transmisora, seleccionadora y selectiva, individualista... La Universidad ya no es aquella institución anterior a los años 60-70, cuando pasar por un centro universitario era un verdadero privilegio, un signo de pertenencia a una élite; es necesario tener en cuenta que entonces la educación universitaria era un proceso ligado a la categoría social y no un medio para adquirirla. Esa evolución, y esa extensión a otras capas sociales, debe orientar la universidad del futuro hacia una concepción de institución que debe educar en la vida y para la vida. Veámoslo con más calma.

Para que la Universidad eduque realmente en la vida y para la vida debe superar definitivamente los enfoques tecnológicos, funcionalistas y burocratizantes, y, por el contrario, debe tender (dentro y fuera, o sea en sus relaciones y en sus prácticas) a un carácter más relacional, más cultural-contextual y comunitario, en cuyo ámbito adquiere importancia la interacción entre todas las personas vinculadas, ya sea por su trabajo en ella como en su condición de usuario, de agente social, o de simple miembro de la comunidad. Esta interacción debe reflejar el dinamismo social y cultural de una institución que es la comunidad y que está al servicio de la misma. La Universidad debe dejar de ser *un lugar*

exclusivo en el que se aprende una profesión, una carrera, un oficio, no importa ahora cómo lo designemos, para asumir que es también una manifestación de vida en toda su complejidad, en toda su red de relaciones y dispositivos con una comunidad que la contiene, para mostrar un modo institucional de conocer y por tanto, de investigar y de enseñar el mundo y todas sus manifestaciones. Por ejemplo, no podremos afrontar el futuro sin enseñar (y aprender) la complejidad de ser ciudadano y las diversas sensibilidades en las que se materializa: democrática, social, solidaria, igualitaria, intercultural y medioambiental; y quizá en algunos lugares deba hacerlo envuelta en la contradicción que supone la aparición de una gran *neomiseria* o pobreza endémica, e inmersa en una población imbuida de cierto analfabetismo cívico. Para ello, la Universidad necesita que otras instancias culturales y sociales se impliquen y le ayuden en el proceso de formar al ciudadano. Y ello comporta que la formación universitaria se haga más y más compleja, mucho más que ese mero enseñar (transmitir) a una minoría homogénea, propia de una época en la que el conocimiento y su gestión estaban en poder de pocas manos, monopolizando el saber.

LA COMPLEJIDAD (PRESIÓN) DEL CONTEXTO

Como consecuencia, si la formación de los seres humanos se hace más compleja, la profesión docente universitaria lo será también. Esa complejidad se ve incrementada por el cambio radical y vertiginoso de las estructuras científicas, sociales y educativas (en sentido amplio) que son las que dan apoyo y sentido al carácter institucional del sistema educativo.

Así pues, la universidad, y el trabajo en ella, se desarrollará en el futuro (ya presente) en un contexto marcado por:

- Un incremento acelerado y un cambio vertiginoso en las formas que adopta la comunidad social, en el conocimiento científico y en los productos del pensamiento, la cultura y el arte.
- Una evolución acelerada de la sociedad en sus estructuras materiales, institucionales y formas de organización de la convivencia, modelos de familia, de producción y de distribución, que se reflejan en el cambio inevitable de las actuales formas de pensar, sentir y actuar de las nuevas generaciones.
- Unos contextos sociales que condicionarán la educación y reflejarán una serie de fuerzas en conflicto. Los vertiginosos cambios de los medios de comunicación y tecnológicos han ido acompañados por profundas transformaciones en la vida institucional de muchas organizaciones y ha puesto en crisis la mera transmisión del conocimiento y por tanto, también a sus instituciones.
- Un análisis de la formación que ya no la considera patrimonio exclusivo de los docentes sino de toda la comunidad y de los medios que ésta dispone, estableciendo nuevos modelos relacionales y participativos en la práctica de la educación.

Y no podemos olvidar la creciente actualidad, en el sistema social y educativo, de aspectos como la desregularización, las ideas y prácticas neoliberales y conservadoras y las tendencias gerencialistas basadas en criterios de rendimiento y de mercado. Afortunadamente, la organización de una sociedad democrática nos debería permitir crear en la Universidad, como *intelectuales colectivos*, los espacios de resistencia y libertad intelectual suficientes para poder intervenir con una cierta dosis de crítica y de autonomía personal y profesional en este tipo de instituciones. ¿Por qué? Por que en ese proceso de cambio conviene estar muy alerta para impedir que se trate de una reconceptualización de los sistemas económicos y de la regulación (consecuencia de la desregulación del Estado) del mercado para introducir en la Universidad elementos que puedan suponer procesos de autonomía vigilada, de gerencialismo galopante, de más competencia entre las personas y de auge de valores insolidarios y fugaces.

Durante las últimas décadas hemos visto cómo se ha ido cuestionando el conocimiento nocionista e inmutable de las ciencias y se han ido abriendo paso otras concepciones en las que el cambio y la incertidumbre tienen un papel importante. Pero, sobre todo, se han ido incorporando, en el debate más que en las prácticas universitarias, los aspectos éticos, relacionales, colegiales, actitudinales, emocionales, reflexivos..., todos ellos necesarios para conseguir una mejor formación científica y democrática de los futuros ciudadanos y ciudadanas. Se ha empezado, y en ese futuro al que hacemos referencia será fundamental, a valorar la importancia del sujeto (la modernidad daba importancia a la razón, al objeto y la posmodernidad a la relatividad y al sujeto) y de su participación, y por tanto a la relevancia que adquiere el bagaje socio-cultural (por ejemplo: la comunicación, el trabajo en grupo, el debate democrático, el aprendizaje dialógico, los procesos más que los productos, la elaboración conjunta de proyectos, la toma de decisiones democrática, el análisis de situaciones, etc.) en la formación del futuro.

En los tiempos venideros necesitaremos una renovada universidad, y una nueva forma de educar en unas estructuras organizativas universitarias distintas, y ello requiere romper con muchas inercias institucionales. Para romper es necesaria una reconceptualización importante de la universidad y de la profesión docente y también, una asunción de nuevas competencias profesionales por parte del profesorado. Es decir, la nueva era requiere una universidad, una formación universitaria y un profesional de la docencia muy diferentes.

LA CONCIENCIA DE LA NECESARIA FORMACIÓN EN LA DOCENCIA UNIVERSITARIA

La formación, vinculada al desarrollo profesional, es un proceso continuo que se inicia con la elección de una disciplina concreta (formación inicial en un oficio o en una profesión) y cuyo dominio (conocimientos, habilidades, competencias) se va perfeccionando paulatinamente (formación continua o permanente).

En la primera fase, formación inicial, el objetivo básico es adquirir la profesionalidad, la integración de las competencias vinculadas a la socialización profesional; y en la segunda fase, el objetivo recurrente es encontrar soluciones a las

situaciones problemáticas que se presentan en el cumplimiento de las funciones profesionales.

Quizá la endémica falta de formación en las funciones docentes del profesorado universitario, tanto durante la primera fase, la de la socialización, como durante la segunda, la de la permanente, obedezca a las dudas o a la indeterminación sobre en qué debería consistir realmente su socialización profesional y, sobre todo, su trabajo profesional específico como docente.

Como es lógico, el profesorado universitario se forma básicamente en el contenido científico de la materia que enseña y sobre la que investiga. Pero, por otra parte, resulta muy escaso, cuando no nulo, el interés del profesorado respecto a la formación necesaria para transmitir y compartir ese conocimiento con su alumnado.

Como puede comprobarse por la experiencia, es harto difícil superar el arraigado y viejo supuesto que afirma que un buen profesor universitario es aquel que domina la materia científica, ya que ese conocimiento le capacita por sí mismo para enseñarla, y que dice además que es mejor docente el que muestra las necesarias aptitudes y buena voluntad. Todo ello, en pocas palabras, implica una exacerbada sobrevaloración de la experiencia subjetiva mediante la falacia del *enseño a mi manera* extraída de un empirismo elemental. Ahora bien, ¿cómo superar ese síndrome de la familiaridad en la docencia universitaria?, donde el conocimiento vulgar pedagógico, el que se ha interiorizado durante los años pasados en las aulas universitarias como alumno o alumna, antes de acceder a la función docente, se impone como modelo de transmisión predominante, o sea, como currículum nulo ya que se *aprende* a enseñar mediante las estructuras y las relaciones que se tuvieron y se tienen, más que por la formación específica, la reflexión, la implicación y el contraste de ideas.

En la actualidad entre el profesorado empieza a surgir la conciencia de que ese modelaje no es suficiente (o incluso que puede ser nefasto), sobre todo cuando la experiencia muestra el predominio de una transmisión normativa o nocionista, y que no reúne los requisitos de una transmisión más descriptiva, más regulativa.

En una nueva forma de transmitir y compartir el conocimiento académico se ve, cada vez más, que la formación inicial y permanente del profesorado universitario es necesaria e imprescindible en una Universidad que pretende mirar hacia el futuro con una nueva forma de enseñar. Una nueva Universidad que supere los viejos esquemas y las antiguas ideologías académicas sobre la docencia predominantes desde hace ya siglos, y que hoy día están mayoritariamente obsoletas.

Pero será difícil introducirse en la formación docente universitaria si no se responde a la siguiente pregunta:

— *¿cuál es la parte sustantiva de la profesión universitaria: la investigación, la docencia, la gestión, todas ellas?*

Debatir sobre la formación en docencia universitaria es algo más que debatir sobre las estructuras pedagógicas necesarias, o sobre la metodología, y es algo que no hay que hacer únicamente en los foros más didácticos, es debatir sobre la profesión docente universitaria en su globalidad. Pero para esa discusión no tenemos aún suficiente rodaje, ni la necesaria tradición de pensamiento y reflexión.

Desde la sociedad se pide (y cada vez más, también internamente) que la Universidad debe cambiar radicalmente en consonancia con los cambios que se han producido en el último cuarto de siglo (la vertiginosidad de los avances científicos y técnicos y la rápida mutabilidad del conocimiento, las nuevas actitudes sociales, los nuevos retos profesionales, el uso masivo de la tecnología...). Este cambio se vive más intensamente en la Universidad desde el punto de vista del tratamiento de la investigación en la materia científica. La docencia, por el contrario, pertenece a otro mundo ya que existen dos mundos universitarios: el mundo del discurso académico, la teoría científica y la investigación, y el mundo de la docencia y su práctica. ¿Se podrán reconciliar, equilibrar y establecer cánones de convivencia entre ellos? No obstante, se empiezan a entrever caminos que entrecruzan los dos mundos, con sus dos culturas. En la docencia universitaria, algo ha ido cambiando. Se van removiendo ciertos supuestos que han parecido inamovibles durante años.

Desde la ignorancia, de una parte del profesorado universitario, sobre el cómo enseñar lo que se sabe, desde el desinterés y la desconfianza a todo lo que podía parecer *pedagogía* (con una cierta constatación de culpabilidad de ciertos protagonistas de la pedagogía ya que la realidad formativa se ha movido en los enfoques conceptuales de ciertas y nefastas tendencias técnicas y pedagogistas), se ha ido creando un tímido marco de preocupación y han ido surgiendo propuestas sobre este tema.

Quizá el discurso de la calidad, la competitividad, los criterios de rendimiento y de mercado y algunos factores sociales (bajada de natalidad, cambio de los sistemas educativos, nuevos paradigmas sociales, etc.) hayan generado esa preocupación institucional más aun que el propio interés del colectivo docente universitario.

Pero también es cierto que se han generado dinámicas de formación e investigación (aún muy centrada en ámbito científicos educativos) en la docencia universitaria, inexistentes hasta hoy día. La creación de servicios, ofertas, intercambios, congresos, jornadas, formación, proyectos... es una buena muestra de ello, aunque insuficiente por la dificultad de su institucionalización.

Queda pendiente, y es un terreno por ganar, el que la formación en docencia universitaria, tanto inicial como permanente, forme parte intrínseca de la profesión docente universitaria y que ello comporte procesos de institucionalización universitaria. Pero, para no caer en los errores del pasado, deberíamos analizar ciertas premisas:

- La realidad social, académica, científica, nos muestra que la profesión docente universitaria es compleja y no uniforme. Los cambios de las estructuras científicas, sociales y educativas (que impregnan las disciplinas y las actitudes del profesorado y del alumnado) han incrementado esa complejidad. Realizar una

formación uniforme o uniformizante para todo el profesorado, sin tener en cuenta esa complejidad, podría ser un error.

- La formación en docencia universitaria es eminentemente contextual. No se pueden explicar los fenómenos educativos generalizando acciones en todos los contextos. Sería establecer una racionalidad formativa equivocada en sus planteamientos. La realidad universitaria (alumnado, culturas académicas, contextos, enseñanzas...) nos muestra que la interpretación de los fenómenos docentes debe contextualizarse en cada realidad. No se cambiará la docencia universitaria si el objetivo de la formación en este ámbito es únicamente cambiar las personas dando por supuesto que mediante ese cambio personal, o formación personalista, se cambiará la práctica docente.
- La formación debe actuar sobre las personas y los contextos (procesos de comunicación, estructurales, políticos, de relaciones de poder, de toma de decisiones, de autonomía compartida...) para generar innovaciones de ámbito institucional.
- La formación del docente universitario está preñada de valores, de formas de interpretar la realidad. Como toda profesión que se dedica a transmitir y a compartir conocimientos y actitudes es una profesión moral. Una formación más basada en actitudes, en procesos, que en momentos metodológicos normativos, sería más beneficiosa para la reflexión, el cambio y la innovación en la docencia universitaria.

UNA NUEVA DIALECTICA

Habría que generar una dialéctica que sin duda sería conflictiva entre el profesorado universitario, para entrar a debatir a fondo la adecuación universitaria a la sociedad, la función cultural que se ejerce, el compromiso social necesario y la difusión del conocimiento académico. Y cómo la formación puede favorecer ese debate. Ello implica realizar un análisis crítico de lo que se está realizando en las aulas universitarias y asumir la posibilidad de generar nuevas alternativas.

Esa dialéctica ha de permitirnos generar esas alternativas de una nueva formación en docencia universitaria, tan necesaria en la Universidad debido a...

- *El cambio de perspectiva y tiempo*

Los vertiginosos cambios que se han producido en el último cuarto de siglo han sido muy importantes tanto en el ámbito psicopedagógico (nueva concepción del trabajo educativo, el papel de la Universidad en una escolarización democrática, la aparición y extensión de nuevas tendencias científicas, los nuevos conceptos sobre el aprendizaje...) como en el social (rompimiento de los bloques que han marcado ideológicamente el siglo XX, la escolarización masiva, el acceso cultural masivo, el auge de nuevas tecnologías de la información y la comunicación, el cambio y la crisis institucional de instancias históricas de socialización, la crisis de legitimación de la modernidad...). Todo ello son elementos de

análisis importantes en la generación de nuevas alternativas de futuro en la formación docente. No podemos generar una formación docente a partir de modelos caducos de enseñanza. No podemos aplicar procesos e instrumentos de formación docente simplemente obsoletos.

- *El cambio del alumnado*

La realidad social y cultural del alumnado que llega a las aulas universitarias es muy diferente, radicalmente diferente, del alumnado de hace un par de décadas. Entonces, como hemos mencionado anteriormente, ser universitario era un proceso añadido a la categoría social y no un medio para adquirirla. También las repercusiones de los nuevos sistemas educativos y sociales configuran un nuevo tipo de alumnado. No partir de la premisa de una formación diferente para un alumnado distinto sería un craso error en los planteamientos de la docencia universitaria.

- *El cambio profesional del profesorado y de la Universidad*

Las estructuras internas universitarias y las exigencias sociales al profesorado han ido variando como consecuencia de la extensión y expansión del conocimiento y las políticas gubernamentales (muchas de ellas enmarcadas en políticas neoliberales y de leyes de mercado). El avance galopante del neoliberalismo y la condición posmoderna hacen cuestionarse el histórico papel transmisivo del profesorado universitario.

- *La formación como un importante factor para entender la incertidumbre y el cambio*

Parece ser que, en el mundo actual, lo único no mutable es el cambio. La formación no sirve ya únicamente para *estar al día*, para actualizarse, sino como un elemento intrínseco en las profesiones para interpretar y comprender ese cambio constante. La profesión docente universitaria se mueve, hoy día, en contextos sociales que reflejan una serie de fuerzas en conflicto, divergencias, dilemas, dudas y situaciones contextuales y de incertidumbre. La formación puede ser un elemento revulsivo importante para interpretar y comprender esa incertidumbre.

Pero la formación docente universitaria no puede ser obligatoria (al menos en lo referente a la formación permanente), necesita que el profesorado sea consciente de su necesidad de la componente didáctica para mejorar la relación con la transmisión de la disciplina (el conocimiento didáctico del contenido académico), consigo mismo y con el alumnado. Ello implica un cambio en los posicionamientos de las estructuras organizativas universitarias, y también de las cognitivas del profesorado universitario, asumiendo una mayor implicación individual y colectiva en procesos de reflexión e investigación sobre los efectos de la docencia universitaria para comprender las prácticas docentes y las situaciones en que éstas se desarrollan.

Uno de los obstáculos de la extensión institucional de la formación en docencia universitaria es cómo romper inercias e ideologías institucionales obsoletas (la formación siempre está sujeta y vinculada a marcos teóricos y a supuestos ideológicos). Romper con imaginarios, sociales y personales, muy asentados en las estructuras docentes. Ello

requiere, más allá de cursos de formación, una *reestructuración* importante de la Universidad, de la profesión docente universitaria y de la formación en docencia universitaria.

La mejora de la docencia universitaria no depende únicamente de la metodología utilizada en las aulas universitarias sino de la implicación institucional de la Universidad y del colectivo docente. Tratar únicamente los aspectos técnicos de la docencia universitaria, como una cierta pasión en lo metodológico como cura de todos los males académicos, puede llevarnos a una inducción a la obsolescencia o a una visión estereotipada del conocimiento pedagógico.

En esa reestructuración epistemológica de la docencia universitaria será fundamental revisar el funcionamiento de las facultades y departamentos (trabajo organizativo, toma de decisiones, relaciones de poder, comunicación, participación...); buscar alternativas y reflexionar sobre la docencia, para no caer en prácticas reproductoras, y sobre la evaluación del alumnado y aprender a trabajar colegialmente, elaborar proyectos de (auto)formación e innovación contextualizados.

La formación en docencia universitaria debería también contribuir al desarrollo y a la difusión de conocimientos cuestionando la legitimación histórico-oficial del conocimiento pedagógico mecanicista, que tanto daño ha ocasionado a la formación en docencia universitaria. Debemos analizar el contenido y la forma de la formación que se está realizando. Analizar qué modelo relacional y de transmisión se utiliza en la formación.

La formación en la docencia universitaria debería partir de que muchos de los elementos pedagógicos que intervienen en la docencia son difíciles de enseñar y, por tanto, más que enseñarse deberían aprenderse en la reflexión sobre la práctica docente. Facilitar esos espacios de reflexión, participación y formación es la función imprescindible de la formación en docencia universitaria. Más que asumir una función de actualización pedagógica del profesorado universitario, la formación en docencia universitaria debería asumir esa creación de espacios.

Desde mi punto de vista, la función principal de la formación en docencia universitaria debería ser (en esos espacios anteriormente mencionados) la de coadyuvar al descubrimiento de la teoría implícita en la práctica docente universitaria para ordenarla, justificarla, fundamentarla, revisarla y si fuera preciso, destruirla. Remover *el sentido común docente*, cuestionar la socialización en el llamado *conocimiento pedagógico vulgar*. Reconponer el equilibrio entre los esquemas prácticos desarrollados en el aula universitaria y los esquemas teóricos que los sustentan.

La formación debe ser un revulsivo para aprender a cuestionar lo que se ve, lo que se cree y lo que se hace, para ayudar a repensar la práctica docente desde la conciencia de la contextualización y de la complejidad del acto educativo.

Aquí aparece una cierta utopía. La utopía es lo que pretendemos y deseáramos alcanzar en un futuro pero que sin embargo consideramos difícil de conseguir con los medios actuales. Pero no es una imposibilidad que conduzca a la desesperanza, sino que por el contrario es un estímulo para intentar establecer los elementos para que en un futuro se pueda conseguir. En este caso lo aplico pensando en el concepto de E. Fromm de *locura*

de la esperanza: aquello que deseáramos alcanzar pero que se considera difícil, aunque trabajamos para ello. Aun así, la utopía educativa es patrimonio del profesorado, de la libertad del pensamiento docente; sin utopías no tendríamos el mundo y las circunstancias educativas de los que hoy día disponemos.

Sería imprescindible, y deseable, que todo docente universitario tuviera una formación inicial en docencia para acceder a la profesión, una formación que le diera los elementos básicos de la socialización profesional en su contexto específico y le creara un sedimento que le permitiera reflexionar posteriormente sobre la enseñanza. Y por supuesto, sería magnífico que a lo largo de su desarrollo profesional la formación en materia científica se pudiera combinar con aspectos de docencia universitaria. Y además, superando los modelos de formación individualistas y decantándose hacia modelos de formación basados en la observación-evaluación de su práctica docente con los compañeros, de desarrollo y mejora mediante proyectos de innovación docente y de procesos indagativos sobre la docencia de la materia que imparte.

Que todo docente universitario asumiera y se sensibilizara interiorizando la docencia como una profesión educativa (y no tanto como un científico que enseña) y supiera cuáles son las tareas pedagógicas necesarias para llevarla a cabo, cuáles son los aprendizajes relevantes, los medios didácticos de que dispone y qué debe hacer para facilitar en el alumnado el desarrollo de la capacidad de comprensión más que el de repetición.

Que la formación en docencia universitaria cubriera aspectos emocionales (autoestima, actitudes, seguridad...); sociales o ambientales (relaciones con los colegas y el alumnado, colegialidad participativa y no artificial...) y profesionales o didácticos (y no únicamente éstos). Una formación que le permita la reflexión en y sobre su acción, y también sobre la acción de otros (en estudios de vida del aula universitaria, en trabajo colaborativo, en la reflexión sobre el contexto, en variación metódica o heterodoxia didáctica, en el reconocimiento de la singularidad...). La formación debería ayudar al desarrollo de la dimensión intelectual en la docencia universitaria, no únicamente en contenidos y destrezas fragmentarias y de carácter normativo, ayudar al desarrollo de capacidades reflexivas sobre la práctica docente que permitan interpretar, comprender y reflexionar sobre la docencia y la realidad científica y social y que permita interactuar y aprender con los iguales.

Que esa autonomía consentida que está haciendo al profesorado universitario vulnerable y de mentalidad subsidiaria potenciando la anomia, o sea, la despreocupación por el debate de la docencia, se trocase en una actitud desafiante y alternativa ante los fenómenos sociales y educativos, afrontándolos con valentía mediante la ayuda mutua y la cooperación entre profesionales.

Y todo ello acompañado de elementos de formación y de autoformación: intercambio de experiencias, formación contextualizada, publicaciones, formación a distancia... Pero esto será realmente una utopía si no se sensibiliza y se corresponsabiliza a las instituciones académicas y, sobre todo, al profesorado universitario de la creciente importancia que tiene para su profesión la formación en docencia universitaria.

